

VIDA E HISTORIA EN AMERICA LATINA

Pedro Trigo

ANTE TODO, LA VIDA

La unión de vida e historia provoca en nosotros sentimientos contradictorios. Ante todo amamos la vida y queremos vivirla. La vida es en la estimación del hombre latinoamericano el mayor don de Dios, un don que bien merece la pena agradecer y celebrar. "Gracias a la vida/ que me ha dado tanto".

Pero muchas veces sentimos que esta vida está amenazada, más aún coartada, desfigurada. Decimos: "esto no es vida", o "así no se puede vivir" o "no merece la pena vivir así". Hay ocasiones sin embargo en las que sentimos esta situación no como maldición o condena sino como reto. Decimos: "la vida es para vivirla" y salimos "a buscar la vida" porque sentimos que "la vida se la tiene que hacer cada uno" y se la tiene que hacer con esfuerzo porque "la vida es lucha" y "la pelea es peleando". Se trata, pues, de "abrirse camino en la vida".

VIDA E INTEMPERIE ¿PARADOJA O ACONTECIMIENTO?

Una primera concreción es la que tiene por sujeto a aquella parte del pueblo que lucha en condiciones muy duras por sobrevivir. En esta situación las dos tentaciones casi invencibles son la de resignarse (dejar la pelea, "quedarse", echarse a morir) y la de deshumanizarse (convertirse en una bestia: degradarse, o en una fiera: romper la solidaridad fundamental). Pero mucha gente vive tratando de superar estas tentaciones. Para ellos la vida no es una ideología que se profesa sino la experiencia milagrosa que acontece cada día en presencia de la muerte. En estas condiciones queda cancelada la cotidianidad, se vive "a salto de mata". Cierta que estas personas son

actores que sufren un destino injusto, pero son también y en un grado heroico autores de su propia vida, creadores eximios de posibilidades y capacidades en el seno de una realidad que no da para vivir, en el seno de una figura histórica que los excluye.

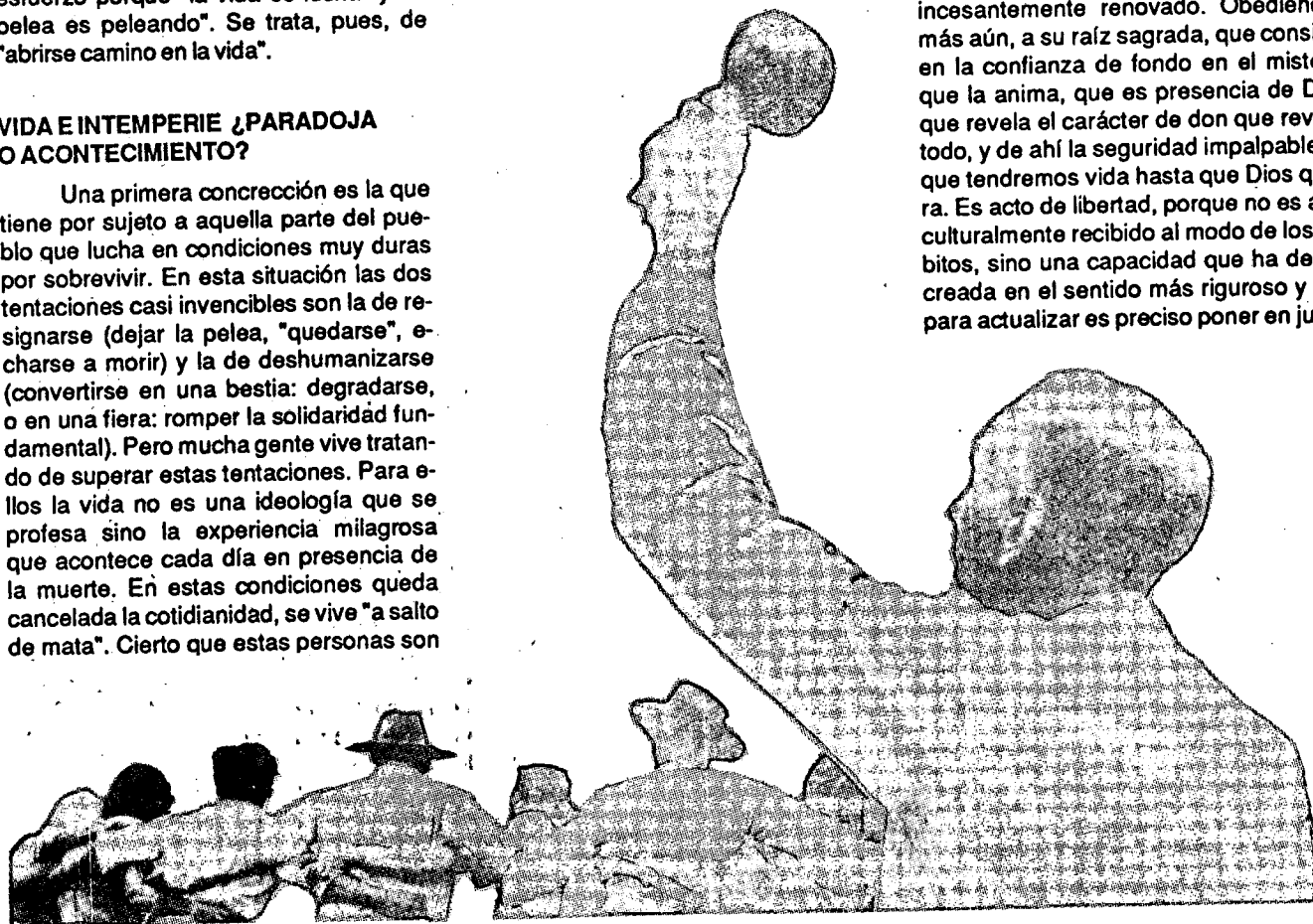
Para quienes configuraron y usufructúan la historia latinoamericana actual y mucho más aún para el Occidente desarrollado no se puede vivir sin tenerlo todo seguro. En la práctica lo que se persigue absolutamente es la seguridad; luego, en cuanto hay espacio y oportunidad, viene la entrega a la vida. El gravísimo peligro es que esta vida se haya degradado a la condición de consumo, de confort. Y que por poseer esta seguridad hayan tenido que sacrificarse dimensiones fundamentales de la vida.

Nuestros pueblos también luchan

por poseer seguridades básicas (trabajo, familia, casa, amigos...); pero, en medio de la intemperie, muchos se atreven a vivir sin resignarse ni deshumanizarse. No postergan la vida para cuando se hayan establecido; la viven día a día, más aún, la celebran, la sufren y la gozan. Porque para ellos la vida es lo absoluto, lo que no puede ser postergado, lo que en definitiva no necesita de condiciones, aunque ayuden muchísimo ciertas circunstancias.

No estamos describiendo un modo de ser, una cultura. Lo que acabamos de indicar es una praxis con muchos altibajos, es la lidia cotidiana que tantas veces se presenta como superior a las propias fuerzas y casi siempre más allá de las posibilidades de la actual figura histórica (1).

Vivir así la vida es el acto primero de obediencia y libertad. De obediencia a la vida, a lo que ella tiene de fundamental intercambio desfondado y por lo tanto incesantemente renovado. Obediencia, más aún, a su raíz sagrada, que consiste en la confianza de fondo en el misterio que la anima, que es presencia de Dios que revela el carácter de don que reviste todo, y de ahí la seguridad impalpable de que tendremos vida hasta que Dios quiera. Es acto de libertad, porque no es algo culturalmente recibido al modo de los hábitos, sino una capacidad que ha de ser creada en el sentido más riguroso y que para actualizar es preciso poner en juego





todos los resortes; aunque es cierto que no pocas veces la tradición, a través del ejemplo y la palabra oportuna, ayuda mucho a crear capacidad. Esta tradición se da y de ahí que en algún sentido sea posible hablar de un elemento cultural. Sin embargo habría que recalcar que es una tradición contrastada, no sólo por los hábitos de quienes cayeron en las dos tentaciones aludidas sino por todos los elementos de la cultura dominante introyectados en la cultura popular.

No estamos proponiendo la paradoja de que la creación de seguridades básicas impide la vida histórica (es decir el ejercicio de la apertura personal más allá de la figura histórica, para liberarse de sus formas dominantes) y que ésta sólo es posible donde la realidad casi no da para vivir. No estamos contraponiendo abstractamente dos momentos de la realidad: su carácter histórico y su realidad concreta. Nuestro proyecto intenta por el contrario llegar en la mayor medida posible a su integración real.

Lo que afirmamos es más bien un acontecimiento: Por una parte el modo concreto como el Occidente ha conducido su historia ha llevado a una figura en la que la seguridad tiende a convertirse en absoluto, que relativiza de este modo la solidaridad y la búsqueda de posibilidades allende el sistema. Esta prevalencia de la seguridad sería un síntoma de envejecimiento y de enfermedad espiritual. Por otra parte la situación extremada y creciente de penuria, injusticia y marginación que padecen nuestros pueblos debería conducirlos simplemente a su decadencia, degradación y muerte. Pero además de este hecho indudable, se da un acontecimiento: la afirmación de la vida en presencia de la muerte. Esto no era pensable de antemano. Para nosotros signifi-

ca nada menos que una rigurosa novedad histórica: el nacimiento de nuestro pueblo como sujeto histórico, es decir como autor de su historia, como coautor de la historia. Este nacimiento aún no es posible augurar si tendrá vigencia ya que hay fuerzas poderosas que lo combaten. Pero desde luego, sea lo que sea del futuro, nuestra lectura de los signos del momento presente es que este nacimiento es obra del Espíritu Santo. Lo que no significa que carezca de ambigüedades y que no incluya su propia pecaminosidad creatural.

Lo que llevamos dicho del pueblo se modula diversamente según las situaciones. Aludiremos a las más características. Al describirlas parecerá a veces que contradecemos lo que acabamos de exponer. No es así, ello se mantiene como la melodía dominante, aunque abunden los contrapuntos y las disonancias.

CAMPESINOS: UNA HISTORIA A SU COSTA QUE LOS EXCLUYE

La contradicción más aguda entre vida e historia se da en los campesinos, entre los que hay que especificar por sus peculiaridades a los indígenas y afroamericanos de las antiguas plantaciones. Son grupos con una sólida identidad cultural, pero en proceso de cambio acelerado y amenaza externa. Tienen noticia de la marcha arrolladora del mundo moderno y se sienten ante él recelosos y fascinados. Más aún, son conscientes de que necesitan incorporar sus adelantos (en la producción, en el mercadeo, en la salud, la educación, la vivienda...) y abrirse a él. Pero captan adecuadamente que el mundo que surge surge a costa de ellos, que ellos son los que tienen que pagar el costo social de esta transformación. Ellos se ven como despojados inicua-

to de sus tierras como del fruto de sus trabajos, preteridos en la distribución de servicios y sin ningún poder político. Ellos quisieran ser protagonistas de una transformación armónica, pero a veces no les dejan más alternativa que la muerte en la rebelión o la muerte por inanición. Para ellos la historia es de los otros y apunta contra su vida.

Esta situación desesperada se vive más desesperadamente aún por causa de las migraciones. Con frecuencia se fueron los elementos más dinámicos y los demás viven con la impresión de "quedados", de sobrevivientes. Y gran parte de la generación de relevo continúa migrando. De ahí no pocas veces, el silencio impotente, el despalabramiento, la desarticulación ante la falta de estímulos y la muerte de la esperanza.

En esta situación de derrota y desplome mantener la dignidad es casi un milagro; pero es también lo último a que aferrarse, la única razón de seguir viviendo hasta que Dios quiera. Sin embargo se advierten síntomas de una mayor iniciativa, de una nueva convocación. A esta resistencia y resurgimiento han contribuido providencialmente las comunidades cristianas de base. No nos referimos a la denominación sino al fenómeno: Reuniones horizontales y abiertas donde se escucha la Palabra de Dios y en respuesta se teje una palabra cada vez más personalizada y compartida que madura en acciones tendientes a la remoción de obstáculos, a la mejora de las condiciones de vida y a la construcción de comunidades fraternas.

De todos los modos queda el hecho macizo de que en los campesinos y sobre todo entre los indígenas la contradicción entre vida e historia y más exactamente el avasallamiento de su vida por

parte de una historia que nació a su costa y no los admite alcanza su expresión más extrema.

FORASTEROS: UN DILEMA TRAGICO

Otra situación característica es la de aquéllos que tienen que abrirse camino en la vida como forasteros, la de los migrantes que no quieren o no pueden cambiar de piel, la de los que desde su cultura tradicional han tenido que dejar su ámbito nativo y lanzarse a una zona en fermentación: "el mundo es ancho y ajeno". Allí uno se siente como advenedizo: llega tarde y sin invitación; para los demás no tiene rostro; más aún, es un competidor. Uno acusa el golpe, le duele bastante, pero piensa: "así es la vida" y se mete también a la pelea. Hubiera preferido que las reglas del juego fueran diferentes, pero uno no puede escoger, tiene que jugar, si no quiere verse "fuera de juego". A veces, tras mucho tiempo de esfuerzo, algo consigue, pero puede que entonces descubra que en esa pelea "se le fue la vida"; en esa lucha ganó algunas ventajas, pero "ha perdido la vida". Lo que puede significar que se le fue la salud o la ilusión o que le costó la familia o que tuvo que hipotecar su dignidad.

Estas personas viven su proceso atrapados en un dilema trágico. Para ellas la vida sigue siendo la existencia tradicional. Allí uno es hombre completo, es decir, hijo de la tierra e hijo de hombre, es un ser cultural, valioso, sabe quién es y qué quiere, y las relaciones primordiales que lo constituyen y que él acepta y plenifica le hacen un hombre concreto. Es un mundo de armonía y dignidad, en él tiene su puesto, su misión, su responsabilidad, su gozo. Pero este mundo (que es el modo de vivir que se estima como digno de la persona) se siente como agotado (ya no da medios de vida) o, más comúnmente, como invadido y transformado por seres que no eran de ese mundo y que han hecho de él otro mundo en el que estas personas ya no tienen lugar, son extranjeras en su propia tierra que ya no es suya. Viene, pues, como una caída sin culpa, una expulsión sin transgresión, un extrañamiento sin promesa ni esperanza.

Sacudidos por lo que se siente como despojo y pérdida, no hay tiempo sin embargo para la nostalgia o el lamento porque si no nace la historia no queda más que la muerte. Así la historia se siente como lo que arranca desde la violación y el caos y se va configurando a pesar de todos y de todo. Así se nace al mundo moderno, que no es un mundo sino una

historia apresurada y soez, en la que sin embargo hay medios de vida abundantes, aunque casi inalcanzables, bienes incensablemente publicitados, como frutas tentadoras cuya posesión promete vida abundante y status social. Pero este hombre va sintiendo que para alcanzar estos bienes lo que antes estimaba como valioso se le convierte ahora en disfuncional. Y ahí viene el dilema: cambiar de piel y de alma y tener con qué vivir (la vida como algo que se compra; pero para tener con qué uno tiene que venderse) o mantenerse aferrado a lo que uno estima como sentido de la vida, como vida verdadera (pero entonces no le alcanza a uno con qué vivir y hay que vivir a contrapelo, sobrevivir).

Sin embargo con el paso del tiempo, no pocas de estas personas van percibiendo que la contradicción entre la vida e historia no es tan profunda ni tan insuperable. No sería tan profunda porque reconocen que lo tradicional, a pesar de tantas cosas buenas, no era ningún ideal de vida. Allí se daba la opresión, una gran presión social, un fixismo sofocante y una penuria agravada cada generación. Por otra parte si es verdad que la proposición de esta sociedad capitalista y de consumo tiende a convertir al hombre en lobo para el hombre y en un ser materialista y fetichista, sin embargo esta situación no es determinista y siempre quedan resquicios para una vida digna y compartida. De todos los modos, aun estas personas, reconocen que esta tarea no es nada fácil y que objetivamente existe grave tensión entre vida e historia. Y esto nos lleva al que se vino definitivamente a la ciudad y a su hijo, hijo del barrio también.

LOS BARRIOS: "LA PIEDRA QUE DESECHARON..."

Caracterizaciones exteriores

La imagen más aparente de los barrios (2) es la de un mundo de deshechos, un pudridero en fermentación. No sólo lo informe, sino lo deformado, envejecido, envilecido. El lugar donde vive la canalla, la zona roja, el mundo sin ley. Las madrigueras donde se hacían las masas que sólo piden, como en Roma, pan y circo. Las turbas violentas, como en Bizancio, que sólo se apasionan por el juego y que se matan por defender sus colores (a eso se reduce el deporte y la política). Los vencidos en la lucha por la vida. La amenaza de la ciudad.

Para la ideología dominante progresista la gente de los barrios son los marginados: perdieron su cultura tradicional y aún no se han integrado a la cultura esta-

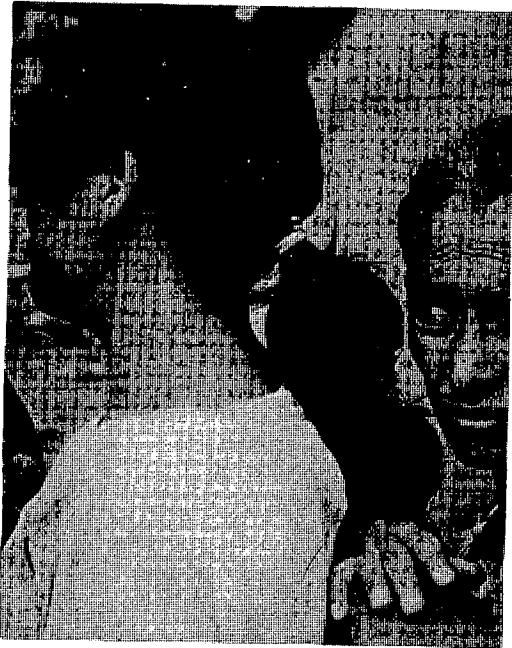


blecida en la ciudad. Han dejado de ser y todavía no son. Su salvación sólo puede venir de la progresiva integración a la cultura moderna que caracteriza la ciudad. Pero esa salvación es estadísticamente improbable para la mayoría, sólo la alcanzarán los mejor dotados, los más audaces y los que cuenten con algún apoyo. Para los demás no hay lugar ni en el mercado de trabajo ni en los servicios. Están de sobra. Fueron echados al mundo irresponsablemente y la sociedad no puede hacerse cargo de ellos. Se los quisiera contener, pero ya que no es posible, por lo menos se los confina, se los amedrenta y reprime, se los dota de servicios mínimos y lo demás se encomienda al tiempo.

Para el marxismo los habitantes de los barrios son los explotados en el mercado de trabajo, el ejército industrial de reserva y el lumpem-proletariado. Su posición marginal en el mercado de trabajo los descalifica como sujetos de la revolución. Se pueden explotar situaciones límites para inducir revueltas que pueden agudizar las contradicciones. Pero ellos sólo se organizan para reivindicaciones inmediatas. Se puede captar a parte de la juventud para la agitación, la propaganda e incluso la subversión. Pero como generalidad hasta ahora han sido refractarios a la penetración del Partido.

El único lugar posible de la historia nueva

Desde un discernimiento espiritual nosotros sostenemos la hipótesis de que las migraciones son el fenómeno más trascendente en América Latina desde la conquista y colonización. De los ba-



rios y zonas populares nacidas de ellos puede salir una historia distinta a la que abrió la conquista. Y si no sale de ahí, no habrá historia nueva.

Esto significa que la caracterización de marginados, oprimidos y lumpen, siendo adecuada, no totaliza sin embargo a los habitantes de los barrios. Ellos son, por encima de eso, autores y agentes de una gesta histórica que aún no dio su medida ni definió sus contornos, pero que hoy por hoy es la fuerza más dinámica con que cuenta la región. Naturalmente que el orden establecido trata de canalizar esta fuerza de modo que, hegemonizándola, se sirva de esa energía para lograr la ansiada consolidación. También los revolucionarios marxistas tratan de mostrar que su programa es la expresión científica de sus intereses y posee a la vez los instrumentos estratégicos y tácticos para llegar a implementarlo.

Puede suceder que esta energía de las migraciones se desagüe por uno de estos dos cauces o se neutralice derramándose por ambos a la vez. Pero hoy por hoy no vemos viables ninguna de las dos alternativas; y entre tanto estas personas subsisten, levantan sus casitas y las apertrechan, se capacitan, pasan del desconocimiento y el recelo a las relaciones familiares, de vecindad, de colaboración y solidaridad. Poco a poco van moldeando ámbitos, van conociendo qué son, qué les gusta, qué pretenden. Se van abriendo paso convocatorias, actos, juntas, comités, asambleas. Se destacan líderes, artistas, gentes de respeto, animadores. Nacen nombres, aniversarios, costumbres. Nace una cultura que abarca desde el modo de producir la vida material hasta las expresiones simbó-

licas más retóricas y delicadas.

Experiencia de éxodo

La terrible escasez y frustración de los barrios no es lo que más los define desde dentro. En lo más profundo está el hecho tremendamente afirmativo de su constitución. Esta constitución, a nivel teológico, es un Exodo, es decir una salida experimentada como liberación. En el ayer han quedado sin duda cosas hermosas; pero la mayor parte del pueblo prefiere el hoy, lo experimenta como paso histórico de condiciones de vida menos humanas a más humanas (3). Se experimenta con más elementos para vivir (aspecto material), con más posibilidades para vivir (aspecto subjetivo y social) y más en general con un horizonte notablemente ampliado. Y sabe que el paso no ha sido un regalo de otros sino obra de su esfuerzo de muchos años, de sacrificios sin cuento, de saber aprovechar oportunidades; y también de la colaboración de familiares, amigos, compañeros o vecinos... gente como ellos que mediante la ayuda mutua se ha ido levantando. Sabe que en este tránsito han dejado pedazos de su ser y aun dimensiones de su existencia y eso les duele, pero también les lleva a valorar lo adquirido a tanto precio.

Ha sido un Exodo sin Moisés, sin líderes ni organizaciones foráneas (partidos o sindicatos) que guíen y organicen. Y el Faraón no quedó atrás: sigue amenazando con su poder aplastante. Por eso los pobladores de los barrios se mimetizan ante la presencia de las autoridades que se aparecen para alguna magra inauguración o para repartir promesas durante las elecciones; sin embargo todos saben que "entre nosotros y ustedes se abre un abismo inmenso; por más que quiera, nadie puede cruzar de aquí para allá, ni de allí para acá" (Lc. 16,26). No han llegado a la Tierra Prometida, pero a pesar de la ausencia de guías y la hostilidad de las autoridades se van abriendo camino.

Como consecuencia de este camino el pueblo se autoestima y llega a un nivel básico de satisfacción. Este camino lo vive también como una bendición de Dios y por él le da gracias y le pide que no le falte su protección. Por eso les duele tanto a estas personas que lo construido tan tenazmente por ellos contra viento y marea no sea valorado socialmente y que no se les reconozca a ellos como personas, como seres de respeto.

Por la falta de este reconocimiento fundamental (entre otros factores) han fracasado también los partidos de izquier-

da y fracasará así mismo cualquier pastoral que no lo tome como dato primordial. Y cristianamente no se tratará sólo de fallo metodológico sino de ceguera para reconocer el paso de Dios y la fecundidad de su bendición.

Vida Histórica

Así pues el orden establecido considera que en los barrios no hay condiciones mínimas de habitabilidad (esa es la definición de un barrio), es decir que en un barrio no se puede vivir, y que los habitantes de los barrios constituyen para la historia una magnitud que puede desdiferenciarse para los efectos de cualquier cálculo o previsión. Pero nosotros sostenemos que con una pavorosa estrechez de elementos y posibilidades se va construyendo sin embargo una vida, una cotidianidad, una cultura. Y que por lo tanto esa cultura se edifica "de la nada", es pues producto del momento decisional que caracteriza a las personas como tales y que define la historia. Es decir que el barrio es el lugar por excelencia donde se genera cultura e historia en América Latina. Y sin embargo, hay que recalcarlo, esta creación no se hace sólo "de la nada" sino del caos del desprecio, el hostigamiento policial, la sobreexplotación en el trabajo y el consumo, la marginación en los servicios y del poder y la manipulación de los MCS y de los partidos, sindicatos y otras instituciones políticas del orden establecido. No sacralizamos la vida ni la historia que los barrios producen. Saltan a la vista sus estigmas: Inseguridad permanente, inestabilidad del núcleo familiar, explotación de la mujer, opresión del más débil, discriminaciones, crueldades, promiscuidad... Son en buena medida la materialización del pecado del mundo y en parte el resultado del propio pecado del pueblo. Pero en este caso podemos afirmar (no como tesis preestablecida sino como gozosa e inesperada constatación) que "donde abunda el pecado sobreabunda la gracia". Es decir que el precipitado de la historia latinoamericana de opresión, lo que en ella desbordó los cauces y diques, y fermenta y crece como proliferación cancerosa, informe e indigerible para el orden social es también el lugar donde se recrea la vida y puede estar naciendo una historia nueva.

Para nosotros se trata de que "la piedra que desecharon los constructores/ es ahora la piedra angular/ es el Señor quien lo ha hecho,/ ha sido un milagro patente" (Sal 118, 22-23). No traemos este texto cristológico (Hch 4,11) como una simple alusión alegórica sino en

